

Rosa Fernández Urtasun, doctora en Literatura, es Profesora de Literatura Moderna y Contemporánea en la Universidad de Navarra (España).

EL TULLIDO. UN CUENTO SOBRE LOS CUENTOS

Cuando los cuentos de Andersen bajaron desde Dinamarca a latitudes más cálidas no lo hicieron todos a la vez. Algunos, como *El patito feo*, *El soldadito de plomo*, *El traje nuevo del Emperador*, *La princesa y el frijol*, *La sirenita* o *Los zapatos rojos*, se tradujeron al español y se hicieron muy populares rápidamente. Los primeros "cuentos escogidos" de Andersen se publican en España en 1879, cuatro años después de la muerte de su autor.

Sin embargo otros cuentos pasaron más desapercibidos. No porque fueran menos importantes o menos interesantes. Quizá simplemente porque eran más largos, menos plásticos o más difíciles de explicar.

El tullido pertenece a esta segunda familia, la de los cuentos menos conocidos; por eso, iré contando poco a poco el argumento entremezclándolo con reflexiones sobre los temas que aparecen en él. En este cuento Andersen nos narra la historia de Hans, el hijo mayor de

Garten-Kirsten y Garten-Ole. De todos sus hijos, *Hans "de niño había sido el más listo y vivaracho, pero de repente le entró una 'debilidad en las piernas', como ellos decían, y desde entonces no pudo tenerse de pie ni andar. Llevaba ya cinco años en cama"*. Por eso le llamaban "el tullido". Se trata de una persona con una carencia física, la de la movilidad.

El narrador comienza su relato describiendo una casa señorial habitada por señores ricos, guapos y buenos. Están celebrando la fiesta de Navidad en la que están, entre otros invitados pobres, los jardineros de la casa: Garten-Kirsten y Garten-Ole, los padres de Hans. Éstos, al acabar, comentan: *"Son bondadosos nuestros amos. Tienen medios para hacer el bien, y gozan haciéndolo"*.

Todo buen escritor de literatura, y no cabe duda de que Andersen lo es, medita muy despacio el comienzo de sus obras. El contexto de la narración es de vital importancia. Amos y criados viven en este cuento en gran armonía. Su relación es de respeto y aprecio. Los jardineros quieren y admiran a sus amos. Los señores se preocupan por los hijos de Garten-Kirsten y Garten-Ole y muy especialmente por su hijo enfermo.

Porque piensan en él de manera personal le hacen un regalo que a sus padres les resulta sorprendente: un libro. Con su fino humor irónico, el narrador observa la reacción del padre ante el inesperado regalo: *"-¡Eso no lo engordará!"*.

A partir de este momento, el libro va a cobrar un protagonismo en el cuento que iguala al cuento principal, el que protagoniza el propio Hans. Porque este no es solo un cuento sobre un niño enfermo, sino un cuento sobre los cuentos.

En efecto, los libros no engordan. Los libros no "sirven" aparentemente para nada. Quizá algunos sí, los libros de

ingeniería, o los de empresa. Incluso los libros de cocina (esos sí que pueden servir para engordar). Pero ¿un libro de cuentos? Porque el libro que los señores regalan a Hans contiene historias de ficción, fábulas, leyendas, invenciones... cuentos al fin y al cabo. Historias que narran hechos que nunca han sucedido y nunca sucederán. ¿De qué sirve regalar un libro de cuentos a un niño pobre?

Andersen nos dice que los padres de Hans eran pobres. Pero también que tenían unos buenos amos que cuidaban de ellos: *"Tenían además cinco hijos, y a todos los vestían los señores"*. Por eso, no carecen de lo necesario. No eran menesterosos, podían vestirse y comer, pero no podían permitirse ningún lujo. Un libro, que no sirve para cubrir ninguna necesidad, era para ellos un despilfarro: *"-De nada va a servirle -dijeron los padres-. Pero dejemos que lea, le ayudará a matar el tiempo. No siempre ha de estar haciendo calceta"* (porque Hans era un chico hábil y trabajador, y aunque no podía mover las piernas, desde su cama hacía mantas y calcetines que vendía y con los que ganaba dinero).

Hasta aquí el planteamiento del cuento. En unos pocos párrafos nos hemos situado en el espacio y en el tiempo (un pequeño marco imprescindible, aplicable casi a cualquier época y cualquier lugar) y hemos conocido a los protagonistas de nuestro relato. El narrador también nos ha dado a conocer el objeto sobre el que gira gran parte del relato, el libro, y la actitud de los protagonistas ante él: Hans se alegra mientras que a sus padres les parece algo inútil.

Como en otros cuentos, la transición entre el planteamiento y el núcleo se hace través de un cambio de estación. No es casualidad que el cuento comience en invierno y se desarrolle durante primavera. Es una estación de signo positivo, que lleva consigo las connotaciones de belleza, creatividad y esperanza.

Andersen profundiza en las tres nociones a lo largo del cuento.

Nada más comenzar esta segunda parte habla de la belleza. No es un tema nuevo en sus cuentos: *El patito feo* es una historia que trata de manera específica de este tema. En *El tullido*, el narrador nos cuenta que llegó la primavera y con ella "empezaron a brotar la hierba y las flores y también los hierbajos, como se suele llamar a las ortigas a pesar de las cosas bonitas que de ellas dice aquella canción religiosa:

*Si los reyes se reuniesen
y juntaran sus tesoros,
no podrían añadir
una sola hoja a la ortiga".*

La hierba y las flores son hermosas, pero las ortigas son aparentemente feas e inútiles. No obstante, el autor quiere que nos fijemos en ellas y nos demos cuenta de la grandeza de todos los elementos de la naturaleza, no solo de aquellos que nos llaman la atención por ser hermosos o útiles. Para que nos fijemos en este dato nos transcribe una canción religiosa. De este modo, Andersen nos cita a las que fueron siempre sus dos principales fuentes de inspiración: la naturaleza y la religión. Sus cuentos no tratan temas "ecológicos" ni "religiosos". Son libros que hablan de la condición humana. Pero Andersen aprendió a conocer la condición humana a través de la naturaleza y de la religión.

Con gran sencillez va hilando el autor sus ideas. La mirada religiosa es la que consigue ver la belleza en la ortiga, porque ve en ella una criatura de Dios. También Garten-Kirsten y Garten-Ole saben que son criaturas de Dios. Y, sin embargo, no ven la belleza escondida tras la aparente fealdad de sus vidas, se quejan de su pobreza: "*¡Qué mal repartido está todo!* -decía Ole-. Según el señor

cura, todos somos hijos de Dios. ¿Por qué estas diferencias?

-Por culpa del pecado original -respondía Kirsten-. (...)

Las privaciones, las fatigas y los cuidados habían encallecido las manos de los padres, y también su juicio y sus opiniones. No lo comprendían, no les entraba en la cabeza, y por eso hablaban siempre con amargura y envidia.

-Hay quien vive en la abundancia y la felicidad, mientras otros están en la miseria. ¿Por qué hemos de purgar la desobediencia y la curiosidad de nuestros primeros padres? ¡Nosotros no nos habríamos portado como ellos!".

Los padres de Hans, me parece importante señalarlo, no se rebelan contra los señores. Están agradecidos a quienes saben utilizar bien sus riquezas. Lo que no entienden es... el mal en el mundo.

Esta virtud tienen los cuentos, que son capaces de hablar de temas radicales con una gran sencillez. Andersen descubre en cada uno de ellos un rincón del alma humana con el que es muy fácil identificarse. Lo difícil es dar una respuesta. Y el cuentista lo hace a través de otro cuento. Este modo de contestar es tan antiguo como las parábolas; también se ha utilizado mucho en literatura.

Kirsten y Ole tienen esta conversación sobre el pecado original junto a la cama en la que lee Hans. A través de este sencillo dato el narrador insiste en la estrechez de la casa, en la pobreza. El tullido entra en la conversación de sus padres con una respuesta sorprendente:

"-Sí, habríamos hecho lo mismo -dijo súbitamente el tullido Hans-. Aquí está, en el libro.

-¿Qué es lo que está en el libro? -preguntaron los padres.

Y entonces Hans les leyó el antiguo cuento del leñador y su mujer”.

Andersen nos habla aquí de otra de las fuentes de sus cuentos: las tradiciones orales. Las historias que se han ido transmitiendo a lo largo de los siglos de padres a hijos, las leyendas de los pueblos, los cuentos “antiguos”, como dice el narrador. Muchos escritores del siglo XIX (Andersen entre ellos) se interesaron por el folklore y quisieron poner por escrito estas historias para que no se perdieran.

Hans se convierte ahora en narrador del tradicional cuento de la pareja que fue invitada por el rey a comer de su mesa todos los días lo mismo que le servían a él, con la condición de que no tocaran una soperita tapada. La mujer se deja llevar por la curiosidad (y por un sueño de grandeza) y abre la tapa, de la que salen dos ratones que se escapan antes de que a los leñadores les dé tiempo a reaccionar. Los padres de Hans quedan pensativos ante el cuento:

“-Diríase que está escrita precisamente para nosotros. Es cosa de pensarlo.

Al día siguiente volvieron al trabajo. Los tostó el sol y la lluvia los caló hasta los huesos. Rumiaron sus melancólicos pensamientos.

No había anochecido aún, cuando ya habían cenado sus papillas de leche.

-¡Vuelve a leernos la historia del leñador! -dijo Garten-Ole.

-Hay otras que todavía no conocen -respondió Hans.

-No me importan dijo -Garten-Ole-. Prefiero oír la que conozco.

Y el matrimonio volvió a escucharla; y más de una noche se la hicieron repetir”.

Hay en este diálogo un detalle que el narrador no afirma pero que se puede deducir del relato: los padres de Hans no sabían leer. Era algo habitual en aquella época en los ambientes en los que la gente trabajaba en el campo. De lo que se infiere que si Hans sabía leer era precisamente porque estaba enfermo. Su aparente inactividad era la que le había abierto la puerta a otros mundos que empezaban a resultar para los padres más atractivos de lo que en un principio habían creído.

Otro dato que es importante destacar es el hecho de que Kirsten y Ole necesiten meditar una y otra vez sobre el mismo cuento. En esa historia no buscan la novedad, evadirse a lugares remotos para olvidarse de la dura vida que llevan. Tampoco quieren conocer historias de personajes famosos. No tienen prisa por escuchar esos otros relatos que todavía no conocen. Sucede de manera especial con la literatura popular, entre la que se encuentran los cuentos, que pide ser escuchada una y otra vez. Precisamente porque aborda con palabras sencillas realidades humanas que rozan el misterio y que nunca acabamos de comprender. Así sucede con los niños pequeños, que disfrutan más volviendo a escuchar los cuentos que ya conocen que aprendiendo unos nuevos.

A pesar de todo, los padres de Hans no acaban de aceptar su situación. Ole insiste: *“-No acabo de entenderlo -dijo Garten-Ole-. Con las personas ocurre lo que con la leche: que se cuaja y una parte se convierte en fino requesón, y la otra en suero aguado. Los hay que tienen suerte en todo, se pasan el día muy repantigados y no sufren cuidados ni privaciones”.*

A lo que Hans contesta con otro conocido cuento. El del rey que necesitaba para curarse la camisa de un hombre

sin necesidades ni preocupaciones. Los mensajeros reales buscan sin éxito a ese hombre, hasta que por fin encuentran a un porquerizo que dice ser feliz. Cuando le piden su camisa les dice sonriendo que no tiene.

"-¡Qué tipo! -exclamó Garten-Ole-, y él y su mujer se rieron como no lo habían hecho desde hacía mucho tiempo".

Es la primera vez que aparece la risa en el cuento. Hasta este momento los jardineros no habían sabido ver más allá de sus propias necesidades. Y de pronto empezaron a darse cuenta de que el buen humor y la felicidad no dependen del dinero.

El maestro del pueblo, que pasa por allí en ese momento, se asombra de oír las risas:

"-¡Qué alegres están! -dijo-. Esto es una novedad en la casa de ustedes. ¿Han sacado la lotería, acaso?"

"-¡Nada de eso! -respondió Garten-Ole-. Es que Hans nos estaba leyendo un cuento de su libro. Era el cuento del Hombre sin preocupaciones y resulta que no llevaba camisa. Estas cosas le abren a uno los ojos, y más cuando están en un libro impreso. Cada uno tiene que llevar su cruz, y esto es siempre un consuelo.

-¿De dónde sacaron el libro? -preguntó el maestro.

-Se lo regalaron a Hans hace un año, para Navidad. Se lo dieron los señores. Ya sabe usted cómo le gusta leer, a pesar de ser tullido. Aquel día hubiéramos preferido que le regalaran camisas. Pero es un libro notable. Parece que responde a nuestros pensamientos".

Ole empieza a darse cuenta de cuál es la utilidad de un objeto que había considerado un lujo. Tan importante como comer o trabajar es saber tener la actitud apropiada

ante las cosas que nos suceden. No es difícil aprender a comer, puede llegar a ser mucho más complicado aprender a sonreír. Tan necesario es solucionar nuestras necesidades materiales como las espirituales, a pesar de que muchas veces vemos con claridad aquéllas y no damos importancia a éstas. El padre vuelve a pedir a su hijo que les cuente de nuevo la misma historia y, después, la del leñador: *"A Ole le bastaban aquellos dos cuentos. En la mísera vivienda, y sobre su ánimo amargado, producían el efecto de dos rayos de sol".*

Mientras tanto, el maestro, conmovido por el interés de Hans, intenta acercarse cada vez con más frecuencia a la casa del niño para hablarle de geografía, historia, filosofía, física, astronomía... En una de sus visitas a la casa de los señores, el anciano profesor les explica la importancia que había tenido para la casa de los jardineros el libro de cuentos: *"Con su lectura, el pobre pero inteligente tullido había llevado a la casa la reflexión y la alegría".* La señora, contenta, le da dos escudos de plata para Hans. Y cuando éste les da el dinero a sus padres, ellos comentan: *"Aun siendo tullido nos trae Hans beneficios y bendiciones".* En efecto, la carencia de Hans le ha abierto la puerta del saber, gracias al maestro puede superar una barrera que es física a través de la dimensión espiritual.

No contenta con dar los dos escudos, el ama va a los pocos días a casa de Hans. Le lleva comida y una jaula dorada con un mirlo que canta maravillosamente. Es una manera de introducir un nuevo arte, el de la música. A Hans le entusiasma. Pero sus padres no son capaces de entender la belleza y la utilidad de ese canto: *"-Hay muchas cosas en que no piensan los ricos -dijeron-. Ahora tendremos que cuidar también del pájaro, pues el tullido no puede hacerlo. ¡Al fin se lo comerá el gato!"*

La insistencia de los Garten en mirar las cosas por el

lado negativo es conmovedora. ¡Qué difícil es cambiar de punto de vista! La transición es progresiva, y el cambio total no llega a darse en el cuento. La caracterización de los padres es, en este sentido, tremendamente realista. Reaccionan de manera puntual ante los cuentos, y poco a poco esa sabiduría va calando en ellos. Pero no les transforma. Durante la época de la ilustración, en el siglo XVIII, muchos intelectuales pensaban, con una intención encomiable pero con bastante ingenuidad, que la verdad llevaba consigo de manera inseparable el bien y la belleza. Que bastaba con conocer una verdad para que guiara la vida. Andersen, que conoce las incoherencias que hay en el interior de las personas, sabe que la inteligencia mueve el corazón, pero que habitualmente es un recorrido muy lento.

Pero al gato de la casa no parecía interesarle mucho aquel pájaro negro. Una tarde estaba Hans leyendo un cuento, el tercero de los que aparecen en este cuento sobre los cuentos. Se trata en esta ocasión del *"de la mujer del pescador que vio realizados todos sus deseos. Quiso ser reina y lo fue, quiso ser emperatriz y lo fue; más cuando pretendió ser como Dios Nuestro Señor, se encontró en el barrizal del que había salido"*. El narrador explica que *"aquel cuento no guardaba relación alguna con el pájaro ni con el gato, pero fue precisamente el que estaba leyendo cuando sucedió el gran acontecimiento! Se acordó de él todo el resto de su vida"*.

Esa tarde quizá el gato no había comido. Por la razón que fuera se fijó por primera vez en el pájaro que cantaba en el alféizar de la ventana. Hans miraba impotente cómo se arqueaba para saltar y, como no podía moverse, se valió de lo único que tenía entre manos: el libro de cuentos. Al tirárselo al gato se desencuadernó.

El libro salió por los aires, pero no bastó para contener al gato. Mirando al pájaro, volvió a saltar y tiró la jaula al

suelo. *"Hans lanzó un grito, sintió una sacudida en todo su cuerpo y, maquinalmente, bajó de la cama y se fue a la cómoda, donde, echando al gato, cogió la jaula con el asustado pájaro, y con ella en la mano se echó a correr a la calle."*

Con lágrimas en los ojos se puso a gritar:

-¡Puedo andar, puedo andar!

Acababa de recobrar la salud. Es una cosa que puede suceder y que le sucedió a él".

Ciertamente este suceso es inverosímil. Pero esto no tiene la menor importancia cuando se lee un cuento. Lo importante es darse cuenta de que la belleza del canto resultó utilísima, todavía más que la del libro. Porque es la que dio al tullido la fuerza necesaria para salir de su situación. El arte se convierte en motor de la vida. Hay muchas maneras de definir la belleza. El diccionario de la Real Academia dice que es una *"propiedad de las cosas que hace amarlas, infundiendo en nosotros deleite espiritual. Esta propiedad existe en la naturaleza y en las obras literarias y artísticas"*. La belleza del canto es la que le hace a Hans amar al pájaro, y el temor de perderlo (una motivación que no había conocido antes) es el que le lleva a superarse a sí mismo.

Otro detalle interesante es el hecho de que el libro se desencuadernó y se rompa, y que el pájaro acabe muriéndose (dice el narrador que *"había muerto del susto, es verdad, pero había sido el instrumento de su recuperación, así como el libro había servido de consuelo y regocijo a sus padres"*). Los libros no son lo importante sino la vida; los libros (y el pájaro) son instrumentos que nos sirven para entender la vida, para hacérsela amable y más asequible. Pero no dejan de ser instrumentos; por eso, una vez que cumplen su misión, pueden desaparecer.

El pájaro tiene en común con el libro el canto. Pero el suyo es un canto natural, mientras que el del libro no

deja de ser una imitación humana. Andersen volverá a reflexionar sobre este tema en el cuento *El ruiseñor*. Es cierto que los libros tienen un contenido espiritual, que sólo puede dar el hombre, y que puede hacer de su canto una obra muy superior a la del pájaro. Pero esto no se pone en duda aquí. Andersen no entra en esta distinción, simplemente nos enseña a leer de ese libro magistral que es el de la creación.

En el libro de la naturaleza aprendemos cuál es nuestro lugar en el mundo, aprendemos, como en el cuento de la pescadora, a no tratar de ser como dioses, a no intentar entenderlo todo, sino a buscar ser felices con nuestras vidas tal y como son. También a preocuparnos por lo aparentemente inútil, como las flores, las ortigas o el canto. Las ideas de los cuentos son las que llevaron a casa de los jardineros la reflexión y la alegría, y la ilusión por los ideales, que trascienden siempre las necesidades materiales es la que fuerza a Hans a salir de sí mismo y a vencer una dificultad que parecía insuperable.

Ciertamente la sabiduría popular tiene algo de intemporal. Es difícil no ver lo bien que se adapta este cuento a la situación actual. Vivimos en una época en la que el pragmatismo es todopoderoso y cuando conocemos a una persona que se dedica a cantar o a escribir la miramos con pena, como a alguien que sabemos que pasará hambre. Todos los escritores han amado la inutilidad aparente de la belleza porque es la que salvaguarda su radical eficacia. Andersen nos dice que su oficio de escritor de cuentos era un gran servicio a la sociedad.

La primavera que marca la transición del libro, como he dicho, habla de belleza, creación y esperanza. La última es la que cierra el cuento (cosa, dicho sea de paso, poco habitual en este autor, que gusta de los finales tristes):

"-¡Qué suerte hemos tenido con Hans! -decía Ole-. ¡Dios no olvida a los hijos de los pobres, no! Justamente en el tullido iba a mostrar su bondad. ¿Verdad que parece como si Hans nos leyera un cuento del libro?"

Se pueden hacer muchas lecturas de este texto tan rico. Pero no quiero dejar de citar una, clásica, que nos habla también de qué es la literatura. Decía Cicerón que tres eran los fines de la literatura: enseñar, conmover y deleitar (él lo decía en latín: *docere, movere, delectare*). La primera función (primera por poner un orden: son las tres igualmente importantes) es la de enseñar. A lo largo del cuento vemos como el libro se convierte en el medio a través del cual Hans empieza a aprender y por el que le llegará la amistad con el maestro. El que menos parecía que podía enseñar se convierte en guía de los demás: el cuento acaba con nuestro protagonista viajando a una ciudad lejana para poder ir a una escuela (*"su mayor deseo era llegar a los cien años y ser maestro"*). El libro sirve también para enseñar a sus padres, que aprenden a mirar la realidad de otra manera.

En segundo lugar vemos cómo el libro sirve para deleitar a Hans, que se entretiene leyéndolo, que ve cómo su mente crece y se llena de imaginación, de ilusión. Y para alegrar a sus padres, que gracias a él se ríen a carcajadas, como hacía tiempo que no se reían.

Por último, el libro sirve para apelar a los afectos de los lectores para conmoverlos en su ánimo. En este caso Andersen simboliza esta función haciendo que veamos incluso físicamente cuánto puede llegar a "mover" un libro.

No está de más recordar la eficacia que esconde la enfermedad del protagonista. Cuando recibe el libro para su hijo, Ole hubiera preferido poder darle una camisa

(que, como vimos en el cuento del porquerizo, no le hubiera hecho más feliz). Del mismo modo, cuando todos miraban a Hans, lo primero que veían, con gran tristeza, es que no podía ser útil, no podía trabajar como los demás. Sin embargo, si Dios se fija en la belleza de la ortiga, con un cariño mucho más inmenso había mirado al tullido. Precisamente porque no podía moverse los señores le hicieron un regalo que no hubieran hecho a sus hermanos. También Hans es un símbolo de que detrás de lo aparentemente inútil puede haber una gran belleza que traiga lo verdaderamente necesario, la reflexión y la alegría, a la casa.

A pesar de las explicaciones estas realidades no dejan de tener su gran parte de misterio. Como hacían los padres de Hans, necesitamos releerlas muchas veces en el libro de la naturaleza y en los libros de cuentos para, poco a poco, aprender a asimilarlas. Por eso hoy, dos siglos después de su nacimiento, en todo el mundo celebramos y festejamos a Andersen, un hombre que nunca salió de Dinamarca y que dedicó su vida a algo aparentemente inútil, escribir cuentos.